



REPÚBLICA ARGENTINA

SI en otros países de la América española fué la suerte de las letras durante el régimen colonial tanto ó más próspera que después de la emancipación, no cabe duda que ha acaecido todo lo contrario en aquella parte del Virreinato del Plata que lleva hoy el nombre de República Argentina. Cierto que á fines del siglo XVIII trascendió á esta región el espíritu de curiosidad científica que tan copiosos frutos producía en Nueva Granada y el Perú; cierto que también tuvo allí sus representantes la escuela neoclásica, como lo demuestra el considerable número de piezas en verso inspiradas por los gloriosos triunfos obtenidos en 1806 y 1807 sobre los ingleses, y en especial por la reconquista y defensa de la ciudad de Buenos Aires; pero en la historia de la literatura argentina apenas tienen estos precedentes más interés que el de una rareza bibliográfica, ó, á lo sumo, el de indicar ya el advenimiento de una nueva era de progreso intelectual.

La causa de la revolución separatista, que hizo perder á España todas sus colonias de la América del Sur, no sólo contó entre los hijos de este suelo generales tan ilustres como San Martín y Belgrano, sino también

cantores entusiastas, aunque de escaso numen, en los cuales el contagio de furor pimpleo se mezcla, ya con la hinchazón hiperbólica y altisonante, ya con la minuciosidad del estilo de gaceta, y rara vez atina con un rasgo luminoso y magistral de los que abundan en Quintana y en Olmedo y bastan á redimir sus extravíos. Ni D. Vicente López Planes (1784-1856), autor del *Himno nacional argentino*, en cuyas estrofas no deja de haber cierto fogoso y bélico arrebató, junto con imperdonables faltas contra la eufonía y la prosodia; ni D. Esteban Luca (1786-1824), que en su *Canto lírico á la libertad de Lima* revistió los lugares comunes del odio al despotismo con las pompas de una fraseología gastada, aunque halagadora entonces para oídos americanos; ni D. Juan C. Lafinur (1797-1824), que dedicó tres elegías muy celebradas á la muerte de Belgrano; ni D. Juan Cruz Varela (1794-1839), que en cultura é inspiración aventajaba mucho á los ingenios citados anteriormente, como se ve por sus traducciones de los clásicos latinos y por su oda *El triunfo de Ituzaingó*, á pesar de que es desigual en la forma y de extensión kilométrica; ni otros poetas argentinos de estos tiempos, podían volar con las alas de Píndaro por los espacios sublimes del canto heroico, sino que hubieron de contentarse con seguir la pauta del género enfático y convencional acreditado á la sazón en España por ilustres y peligrosos modelos, y dentro de él sólo llegaron á producir obras efímeras, que interesan más á la gratitud de sus compatriotas que á la crítica inspirada en el amor desinteresado de la belleza.

Cuando aún imperaban universalmente y sin contradicción las doctrinas del pseudo-clasicismo en todas las Repúblicas hispano-americanas, apareció en la argentina un heraldo de las novedades románticas, el autor de *Los Consuelos* (1834) y las *Rimas* (1837), el malogrado Esteban Echeverría (1805-1851), á quien se puede calificar así, no por lo prematuro de su muerte,

sino por la dirección equivocada que dió á sus indiscutibles talentos, malversándolos á veces en la propaganda de nebulosas utopías, y por la falta de esmero y corrección que se echa de ver en sus más delicadas composiciones. Encuétranse en ellas rastros de una fantasía ardiente y robusta, de sensibilidad privilegiada, aunque extremosa y enfermiza, y de cierto impulso interior que parece ir en busca de ideales y procedimientos nuevos, confusamente entrevistos; pero las flores del ingenio de Echeverría están sepultadas con harta frecuencia en un espeso matorral de versos flojos, rípios intolerables y locuciones viciosas, por las cuales se conocerían la educación y el gusto enteramente afrancesados del autor, aunque nada nos dijese de ello sus biógrafos. Todos esos achaques alcanzan al poema *La Cautiva*, mermando en parte la gloria que le corresponde por su originalidad, como primera representación artística de la naturaleza americana en uno de sus más interesantes aspectos, como cuadro fiel y vivo de la pampa salvaje, como primer ensayo de la poesía nacional argentina, en la que hasta entonces había dominado la imitación servil é infecunda. El heroísmo de la mujer fuerte que logra dar libertad á su amante, prisionero de una tribu infiel; la peregrinación de la infortunada pareja por las llanuras del desierto; las inquietudes de María en el insalubre pajonal y ante la presencia de la quemazón; el martirio á que la condena la muerte de Brián, y los demás extraños incidentes que se van sucediendo en el relato de Echeverría, juntamente con la novedad del escenario en que se desenvuelven; todo parece ostentar el prestigio de una evocación fantástica que deslumbra, de una leyenda tradicional que el autor ha recogido de boca del pueblo, y á la que sólo añade el ornato de la forma externa. Y, sin embargo, no hay nada en *La Cautiva* que no sea invención de un poeta culto, influido por la lectura de Bernardino de Saint-Pierre y de Chateau-

briand, y tal vez de algunos románticos españoles, pero que tuvo la fortuna de interpretar los sentimientos de una raza, de beneficiar un tesoro de poesía virgen y hacer uso de un lenguaje que siempre hallará eco en el corazón de su patria.

No menos apasionado que Echeverría ni más escrupuloso en materia de corrección fué el cantor de *El Peregrino*, José Mármol (1818-1881), célebre por sus terribles invectivas contra el tirano Rosas, en las que palpitan el odio más concentrado y la más robusta elocuencia, convirtiéndose á veces el uno en ferocidad maniática y delirante, y la otra en declamación hinchada ó en lluvia de vulgarísimos denuestos. El hombre que así extremaba los furios de Némesis, no era incapaz de emociones tranquilas y placenteras, y supo describir con rasgos muy bellos el paisaje y el cielo de los trópicos. Tanteó Mármol asimismo, aunque sin buen resultado, la senda de la poesía dramática, y compuso una novela de costumbres, la *Amalia* (1852), en la que se descubre una fase nueva de su idealismo romántico, así por lo increíble de las escenas como por la intemperancia lírica del estilo, acompañada de todo género de licencias contra el Diccionario y la Gramática.

Muy otra representación que Echeverría y Mármol tuvo en la literatura argentina el Doctor D. Juan María Gutiérrez (1809-1878), cuyas producciones en verso no deben considerarse más que como ocios pasajeros, aunque no despreciables ciertamente, en una carrera de fecunda actividad intelectual, repartida entre el periodismo, la cátedra y los trabajos de erudición. La célebre antología que con el título de *América poética* dió á la estampa en 1846, excede incomparablemente en mérito á las muchísimas colecciones análogas que después se han publicado en las Repúblicas del Nuevo Mundo que hablan nuestro idioma, aunque no deja de notarse ya en aquélla el vicioso hacinamiento de mate-

riales y el exceso de benevolencia para con los hijos espúreos de Apolo. Como crítico é investigador, prestó incalculables servicios á la historia literaria de la América española con sus luminosos y elegantes estudios sobre los principales autores que en ella florecieron desde los tiempos de la conquista. Al ser nombrado Rector de la Universidad de Buenos Aires (1861), se propuso y logró reorganizar la enseñanza en este centro docente, continuando allí en nueva forma el magisterio que había ejercido hasta entonces con sus escritos. Por desgracia, las preocupaciones antirreligiosas de Gutiérrez, su odio sistemático á todo cuanto simboliza el nombre de España, y el optimismo sin límites con que juzgaba, en cambio, las cosas de América, le hicieron incurrir en numerosos errores, tanto más graves y funestos, cuanto era mayor la autoridad de quien los defendía.

Entre los literatos argentinos que emigraron de su tierra natal durante la nefasta época de Rosas, se contaban, además de los tres últimamente nombrados: el impetuoso Domingo F. Sarmiento (1811-1888), á quien ya conocemos como contradictor audaz de las sabias doctrinas y reformas de Andrés Bello, y que siempre conservó algo de las tendencias anárquicas de sus mocedades; hombre singular, cuya vida parece una novela, y cuyos libros, especialmente el *Facundo, ó Civilización y barbarie*, son reflejo de un alma apasionadísima, y conjunto raro de luz y sombra, de originalidad é incoherencia; D. Vicente Fidel López, compañero de Sarmiento en las tareas periodísticas, dotado de más cultura y gusto, y que luego figuró como uno de los primeros historiadores de su patria; D. Juan Bautista Alberdi (1814-1884), que descolló sobre todo en los estudios jurídicos, conquistando no escasa fama con sus *Bases para la organización política de la Confederación argentina*; D. José Rivera Indarte y D. Florencio Varela, que combatieron briosamente en artícu-

los y folletos la dictadura de Rosas, y cultivaron con asiduidad la poesía lírica; y, por fin, el orador parlamentario D. Félix Prías, que en la tribuna y en el periódico *El Orden* se distinguió como adalid valeroso del Catolicismo.

A esta pléyade notable de ingenios nacidos para la lucha y dispersados por el viento de la persecución, á quienes tocó vivir en días de suprema crisis y atender á los intereses políticos de la patria esclavizada antes que á los del progreso intelectual, sucedía inmediatamente una generación de artistas y escritores en la que no faltan distinguidos representantes de algunos géneros literarios.

Entre los poetas hay que contar desde luego y en primera línea á Olegario Víctor Andrade (1838-1882), cuyas obras (1) ya analizó extensamente Valera en sus *Cartas americanas*. No cabe duda que el cantor del *Prometeo* fué espléndidamente dotado por la naturaleza con el poder de la palabra viva, inflamada y luminosa, y que en sus rimas abundan los rasgos de inusitada grandiosidad, imágenes sublimes y resonancias épicas que mueven á la admiración y al entusiasmo; pero también hay mucho oropel y muchas perlas falsas de culteranismo delirante y énfasis de mal gusto. Fué gran desdicha que se enamorase perdidamente de los caprichos seniles de Víctor Hugo, venerándolos con una especie de fetichismo supersticioso que le hizo formar el más erróneo concepto de los fines del arte, y extravió su inspiración por laberínticos senderos. No comprendía Andrade al poeta sino dictando leyes y profecías, envuelto entre nubes misteriosas, convertido en hierofante y dirigiendo su voz á las muchedumbres ó á toda la humanidad, para celebrar sus glorias ó predecir sus futuros destinos. De ahí el predominio de

(1) Publicadas en colección á expensas del Gobierno argentino. (Buenos Aires, 1887.—Un lujoso volumen en 4.^o, de 255 páginas, con prólogo de Benjamín Basualdo.)

la tendencia docente en sus composiciones más extensas y geniales (*La Libertad y la América, Atlántida.—Canto al porvenir de la raza latina en América; Prometeo, Á Victor Hugo*); si bien el asiático lujo de la forma contrasta con la vulgaridad de las ideas que el autor expone repetidas veces, y que son las del gastado repertorio progresista, con sus consabidos ditirambos á la libertad de pensamiento y sus anatemas á las tradiciones religiosas y monárquicas. Pobres y superficiales tenían que ser las doctrinas y enseñanzas de quien, falto de sólida educación literaria y científica, no pudo suplir esta radical deficiencia con los escasos conocimientos que debió á sus heterogéneas y mal escogidas lecturas. El mérito de las cuatro piezas citadas, de la invocación *Á Paisandú*, del canto lírico al general *San Martín*, y de algunas otras poesías de Andrade, se ha de buscar sólo en las cualidades externas, en la hermosura plástica de las imágenes y el encanto de la versificación, aunque por uno y otro respecto hay que disimular también no pocos lunares.

En confirmación de las apreciaciones que anteceden sobre la indiscutible filiación artística de Andrade y sobre sus conatos de pensador y sociólogo, baste recordar las estancias *Á Victor Hugo*, llenas de férvido y candoroso entusiasmo, y en las que el autor bosqueja á su modo uno de aquellos panoramas sintéticos ó visiones retrospectivas de la Historia universal, á que siempre tuvo especial cariño, evocando las figuras de Isaías, Esquilo, Juvenal y Dante, para concluir con la apoteosis del poeta francés en los extremos términos que se verá:

Todo lo tienes tú: la voz de trueno
Del gran profeta hebreo,
Fulminador de crímenes y tronos!
El grito fragoroso del que un día
Encarnó, para ejemplo de los siglos,
La idea del derecho en Prometeo;

La cuerda de agrios tonos
De Juvenal, aquel Daniel latino,
Tremendo justiciero de su siglo,
Y el rumor de caverna de los cantos
Del viejo Gibelino!

¡Todo lo tienes tú! Por eso el cielo
Te dió tan vasto sin igual proscenio.
No hay notas que no vibren en tu lira,
Espacios que no se abran á tu genio.—
Cantas al porvenir, y los que sufren
Esclavos de la fuerza ó la mentira,
Sienten abrirse á sus llorosos ojos
De la esperanza las azules puertas!
Apostrofas al tiempo, y se levantan—
Mágico evocador de edades muertas!—
Como viviente, inmenso torbellino,
Razas extintas, pueblos fenecidos,
Fantasmas y vestiglos,
Para contarte en misterioso idioma
La colosal *Leyenda de los siglos*.

¡Todo lo tienes tú! Todo lo fuiste:
Profeta, precursor, mártir, proscrito.—
Gigante en el dolor te levantaste
Cuando en la noche lóbrega sentiste
Temblar los montes, vacilar la tierra
Con pavorosa conmoción extraña,
Cual si un titán demente forcejease
Por arrancar de cuajo una montaña.—
Era Francia, montaña en cuya cumbre
Anida el genio humano;
La Francia de tu amor, que tambaleaba
Herida por el hacha del germano;
Y arrojando la lira en que cantabas
La *Canción de los bosques y las calles*,
Fuiste á tocar llamada
De París sobre el muro ennegrecido
En el ronco clarín de Roncesvalles.

Desde aquí (1), teatro nuevo
Que Dios destina al drama del futuro,
Razas libres te admiran y se mezclan
Al coro de tu gloria—
Orfeo que bajaste,

(1) Alude á América.

En busca de tu amante arrebatada
 La santa democracia,
 A las más hondas simas de la historia!—
 Desde aquí te contemplan
 Entre dos siglos batallando airado
 Y arrancando á la lira
 La vibración del porvenir rasgado
 O el triste acento de la edad que expira!
 Y al través de los mares—
 Astro que bajas al ocaso, envuelto
 En torrentes de llama brilladora,—
 Entonando tus cantos seculares
 Te saludan los hijos de la aurora.

Imposible es no reconocer privilegiado temple de poeta en el autor del himno *Á Victor Hugo*, del *Prometeo* y de *La Atlántida*, por mucho que nos molesten sus preocupaciones de sectario y sus bachillerías impertinentes, como también los vicios de elocución y las innumerables asonancias que á poca costa pudo haber evitado.

Tan devoto del género transcendental como Andrade, pero con muy inferiores aptitudes, se mostró Carlos Encina, cuyo *Canto al Arte*, que es la más celebrada de sus producciones, adolece de sequedad abstracta y razonadora.

Resta citar entre los líricos argentinos contemporáneos al autor de *Hojas al viento*, Carlos Guido Spano, que, en sus poesías originales y en las traducidas, da pruebas de una inspiración flexible y espontánea, prefiriendo de ordinario el tono sentimental algo parecido al de Lamartine; á Ricardo Gutiérrez, cantor de *El Misionero* y *La Hermana de la Caridad*, que ha consagrado á la fe religiosa los más selectos frutos de su ingenio; á Martín García Merou, cuyas colecciones poéticas, lo mismo que la de sus *Estudios literarios* (Madrid, 1884), y otra de artículos críticos titulada *Libros y Autores* (Buenos Aires, 1886), parecen desahogos de un espíritu inquieto, agitado por contrarios impulsos,

que aun no ha podido fijar su criterio y su vocación; á Calixto Oyuela y á Rafael Obligado, paladines de una *Justa literaria*, en que el primero defendió la intransigencia clásica y el segundo los ideales del americanismo aplicados á la poesía argentina, á pesar de lo cual Oyuela es un panegirista ferviente de Obligado, y éste, sin reparar en escrúpulos de patriotismo, sigue las huellas de los grandes maestros castellanos, así antiguos como modernos.

En los *Cantos* de Oyuela (1) se ve al idólatra de la antigüedad greco-latina y de aquellos autores que mejor la han comprendido desde la era del Renacimiento hasta nuestros días, desde Fr. Luis de León hasta Andrés Chénier y Leopardi; pero al celebrar la gloria del primero en versos que son una profesión de fe artística, y traducir y admirar sin reservas las obras del último, á despecho del pesimismo y de la impiedad que en ellas palpitan, bien da á conocer el distinguido literato argentino que no hace gran caudal del fondo poético, ateniéndose únicamente á la hermosura y transparencia de la forma; y aun, quizá por esta misma causa, lo que ante todo se echa de menos en sus *Cantos* es el calor de la emoción, la originalidad y alteza del pensamiento. Mucho más valen, sin disputa, sus *Estudios literarios* (2) y otros artículos en prosa, donde hace gala de extensa erudición, estilo fácil y lenguaje puro, limpio y acendrado, combatiendo en la teoría y la práctica el desastroso espíritu de indisciplina, á que rinde culto una porción numerosa de los escritores de su patria. Las *Poesías* de Obligado (3), que merecieron á D. Juan Valera muy encarecidas alabanzas, vienen á continuar la tradición iniciada por el autor de *La Cautiva*, y son, como la leyenda de Echeverría, trasunto de las bellezas del suelo natal, sin que por eso deje de

(1) Buenos Aires, 1891.

(2) Buenos Aires, 1889.

(3) Buenos Aires, 1885.

predominar en la colección la nota subjetiva. El idilio de *Primavera*, la narración consagrada á un *payador de larga fama*, conocidísimo para el vulgo con el nombre de *Santos Vega*, y la linda canción que lleva el nombre de *La flor del seibo*, bastan para acreditar la delicadeza de sentimiento y el dominio de la forma, que constituyen el carácter habitual de las composiciones de Obligado (1).

Cultivase también en la República Argentina, desde principios de siglo, un género popular verdaderamente curioso y típico, del que se sirven algunos ingenios cultos para imitar el lenguaje de los *gauchos*, ó labriegos del país, dándonos á conocer sus costumbres, su modo de sentir y pensar, su alma ruda, ingenua y primitiva. Las obras de tal índole que han adquirido mayor celebridad son: el *Fausto, ó impresiones del gaucho Anastasio el Pollo en la representación de esta ópera*, que publicó Estanislao del Campo en 1866, y el *Martín Fierro*, de José Hernández (1872), poema que se puede considerar como derivación genuína, aunque algo remota, de ciertos romances españoles.

La novela argentina está representada por Juana Manuela Gorriti (1809-1874), que ya en 1845 publicaba en Lima, donde residió por largo tiempo, su primer ensayo narrativo, *La Quena*, que fué objeto de acaloradas discusiones, y al que siguieron otros de la misma especie; Eduardo Gutiérrez, imitador de Eugenio Sué, y aficionado á los asuntos terroríficos; Antonio Argerich y Eugenio Cambacères, que han extremado los procedimientos de la escuela naturalista; el Doctor Lucio V. López, no menos conocido en las letras que en la política, y cuya obra *La gran aldea* recuerda algo

(1) Aun pueden añadirse los nombres de E. Rivarola, Martín Coronado y J. J. García Velloso. Este último nació en España, y ha obtenido el triunfo en no pocos certámenes literarios con las poesías coleccionadas en un volumen que lleva el título de *Hojas de laurel*. (Buenos Aires, 1884.)

el humorismo de Dickens; Federico Gamboa (*Apariencias*) y Carlos M. Ocantos (*León Saldivar, Quilito*, etc.), á quien dedicó un juicio muy laudatorio, con motivo de las dos novelas citadas, Doña Emilia Pardo Bazán.

No cabe en los límites de esta reseña ni aun la enumeración de muchos trabajos científicos y literarios, como los del general D. Bartolomé Mitre, que tanto ha contribuído á ilustrar la historia de su patria; los de D. Pedro Goyena, D. Miguel Navarro Viola, D. Vicente G. Quesada y su hijo Ernesto, que cultiva simultáneamente la jurisprudencia, la bibliografía y la crítica; y los del malogrado y fecundísimo D. Santiago Estrada, que su autor coleccionó en ocho volúmenes, impresos en Barcelona. Hay que mencionar finalmente, como publicista de reputación europea, á Carlos Calvo, cuya obra de *Derecho internacional teórico y práctico*, publicada primero en castellano (1) y luego en francés (2), goza de extraordinaria autoridad en la materia.

(1) París, 1868.

(2) Cuarta edición. París, 1887.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1825 MONTERREY, MEXICO